
TERCERA PARTE.

HISTORIA Y ESTADO
DE LAS CIENCIAS ANEXAS Y DE LOS DIVERSOS RAMOS DE LA MEDICINA
DURANTE TODO ESTE PERIODO.



CAPITULO XXVI.

Ciencias físico-químicas.

Progresos que en este período alcanzaron las ciencias físico-químicas y la Historia Natural en Nueva España.—Todavía estaban atrasadas entónces tambien en Europa.—Empezó allá una nueva era de progreso para todas las ciencias con la revolucion francesa.—Las ciencias físico-químicas no fueron aquí absolutamente enseñadas á los médicos y á los farmacéuticos que estudiaron en este período.—Ligeras nociones que de Física se daban en la Universidad.—Se introdujeron los estudios de la Química en la Nueva España, en el último tercio del siglo XVIII, en el Seminario de Minería.—Breves apuntes históricos sobre éste plantel.—Don Luis Lidnert fué su primer profesor.—El estado que guardó la Química en este período es fácil deducirlo por lo que hemos asentado en el capítulo anterior de bibliografía.

Poco, muy poco, acaso nada, progresaron las ciencias físico-químicas, la Historia Natural y los diversos ramos de la medicina durante el largo período que estudiamos. Dominando en la Universidad, en el profesorado y en todos los ramos de la Administracion el elemento clerical; las ciencias teológicas, en su mayor grado de abstraccion, todo lo abarcaban; caminaban á pasos agigantados á su exclusivo engrandecimiento, y, como se pudo ver ya en la historia de la Universidad, allí eran en mayor número y mejor atendidas sus cátedras; más grandes y más lucidos sus actos, y más notables y más distinguidos sus hombres, pues que, como decia el Dr. Bartolache en alguno de sus opúsculos:

BIBLIOTECA
FAC. DE MED. U. A. N. C.

“..... sobresalian hombres eminentes en Teología y Jurisprudencia, pocos, poquísimos en Medicina.....”

Por otra parte, atrasadas todavía estas ciencias aun en la misma Europa; estorbada en aquel entónces la introduccion, de allende á aquende el Océano, de libros y de profesores que no vinieran directamente de España, preocupada la Metrópoli de que no fueran á pervertir las ideas religiosas que habia inculcado á sus colonias; desconocida en las Universidades la enseñanza de los idiomas cultos que no fueran el latin y los del país, el mexicano y el otomí—disposicion que, confesémoslo, honra al Gobierno colonial que se esmeró, más que nosotros ahora, en que se conservaran y cultivasen algunos de los idiomas patrios que hoy vemos con estóica indiferencia desaparecer—pues que del frances y del inglés, ni ménos de los demas, nunca se establecieron cátedras, y siendo, por lo mismo, apénas conocidos esos idiomas—y eso en los últimos tiempos—de muy contadas personas que á fuerza de reserva—pues que estaba severamente prohibida la lectura de libros extranjeros—y de trabajos, y de perseverancia habian logrado medio aprenderlos: poco, muy poco, nada, nos podian mandar con provecho las otras naciones del Viejo Mundo, ni ménos la simpática y avanzada Francia que, con su sublime y grandiosa revolucion política y científica del 93, lanzando relámpagos de luz en cada una de sus gloriosas convulsiones, pregonando por todo el mundo las primeras ideas de libertad en cada uno de sus marciales cantos y trayendo por doquier el renacimiento de las artes, y de las ciencias, y de las letras, despues de sus inmortales triunfos, hizo temblar á la Metrópoli porque esa revolucion, y esas convulsiones, y esos cantos, y esos triunfos hicieran nacer—como al fin sucedió—en su rica colonia, las ideas de independenciam, ideas que no entraban, ni con mucho, en las miras de la todavía entónces poderosa y floreciente España.

Pero ya es tiempo de que concretemos estas consideraciones y sigamos haciendo, paso á paso, la historia de la evolucion y del estado que guardaron, durante todo este período, cada uno de los ramos que entónces abrazaba más ó ménos directamente nuestra profesion.

* * *

Las ciencias físico-químicas, casi puede decirse que fueron desconocidas de los médicos; durante todo este período los pocos que alcanzaron

algunas de sus luces, habiéndolo logrado á fuerza de estudio y de teson, en lo particular, y eso en las exiguas proporciones que ya hemos podido conocer en un capítulo anterior.

Es cierto que desde la fundacion de nuestra Universidad en el año de 1553, ya aparecia una cátedra de Artes, cuyo primer profesor lo fué, como recordarán nuestros lectores, el Dr. Don Juan García, y es probable que desde entónces, como despues, cuando ya hubo varias, en ella ó ellas se hayan dado á los médicos—á los que les era obligatorio cursarlas—las nociones de Física que ya en 1626 se estudiaban en el tercer año de aquella Facultad; pero es lo cierto que esas nociones, que parece se estudiaban en los libros de Aristóteles, eran apénas rudimentarias y tenian más de metafísicas y de escolásticas que de exactas. Hacer su historia seria repetir la de los cursos de Artes que ya nos es conocida.

Quizá en algun otro plantel y ya avanzados los años, su enseñanza haya sido superior, como quizá sucedió en el Seminario de Minería; pero no siéndoles entónces obligatorio á los médicos seguir allí sus cursos, ocuparnos de lo que ella fué allí seria salirnos de nuestro programa.

Si lo anterior hemos podido decir de la Física, la Química, todavía en peor condicion, fué una ciencia que nunca se enseñó á los médicos, ni siquiera en rudimentos, en la Universidad. Desconocidos sus estudios en los siglos XVI y XVII, no fué sino hasta el último tercio del siglo XVIII cuando se les empezó á hacer en el Seminario de Minería, con grande aplauso de los sabios todos de Nueva España.

Y pues que en este plantel, fué en donde primero se cultivaron estos estudios, harémos de él una brevísima historia.

Promovíase allá por el año de 1774 en la capital del vireinato la ereccion de un Seminario de Minería para que se siguieran en él los estudios de ingeniería, carrera de que tanto necesitaba un país en el que pródiga habia derramado la madre Naturaleza tan extensos campos, tan ricos minerales y tan majestuosos precipicios. Hiciéronse las primeras tentativas; pusieron para fundarlo cuantos medios juzgaron oportunos sus ilustres promovedores, y no fué sino hasta el año de 1793 cuando empezaron á ver que sus deseos estaban próximos á realizarse, y en 1794 cuando se establecia provisionalmente, en la calle del Hospicio de San Nicolás, el Seminario por ellos tan deseado, monumento de imperecedera memoria á sus fundadores, el eminente mineralogista

Don Andrés del Río, Elhuyar y otros que tanta gloria dieron á México y á su plantel.

Fué en ese Establecimiento en donde por primera vez se empezaron á oír lecciones de la ciencia que inmortalizara en Europa los nombres de Lavoissier y de Gay Lussac en los modernos tiempos, y el ilustre Don Andrés del Río fué el primer catedrático que nombró en Madrid el Rey para que diera aquí en su Colegio de México el curso de Química. Circunstancias especiales hicieron que el profesor nombrado sólo abriera, en 1794, el curso de Mineralogía—uno de los ramos de la Historia Natural cuyos apuntes vamos á hacer en el siguiente capítulo,—ciencia á la que tenía decidida afición, y curso también el primero que se iba á dar en Nueva España, y fué definitivamente Don Luis Lidnert quien el primero se encargó de la cátedra de Química en el Seminario. Hé ahí los nombres de los primeros profesores que en México sembraron las simientes primeras de la Química, Lidnert y del Río, este último, hombre de grande erudición y saber, tan modesto como despreocupado, que siempre andaba con un libro bajo el brazo, pues decía “..... que el cargar ciencia no deshonra á nadie.....”, y del que existen varias obras de mineralogía, geodesia, química, etc., muy apreciadas todas por los hombres de ciencia. Honor á aquellos sabios.

Aquel plantel cuya historia, como la de la Ingeniería, algun día será escrita por alguno de tantos de sus distinguidos hijos, fué el primero, como se ve, en difundir entre nosotros las luces de todas las ciencias exactas; fué el campo en donde empezaron á adquirir nuestros mineros las primeras nociones de mecánica, física, astronomía, química, mineralogía, etc.—se creían entónces tan inútiles estos estudios, que era refrán muy comun en la época vireinal el de que “Cualquier barrero sabe más que ellos (los mineros)” —; fué la fuente en cuyas aguas bebieron—en lo particular y por gusto, pues que para la carrera de medicina no exigían estos estudios los Estatutos universitarios—la Física y la Química algunas de nuestras eminencias farmacéuticas y médicas de aquel entónces; dió desinteresada hospitalidad á nuestros boticarios en el año de 1804 cuando, habiendo solicitado del Virey la creación de una cátedra de Química, especial para ellos, se opuso el Protomedicato á sus pretensiones, diciendo que ni necesitaban más instrucción de la que recibían, ni había fondos para ponerles una Escuela especial, y siempre tuvo abiertas sus aulas para los cursantes de Far-

macía y de Medicina de los últimos tiempos, para quienes aquellas enseñanzas se hicieron ya obligatorias y á quienes no se les establecieron especiales, como lo veremos, sino hasta principios del siguiente período, en que se las instituyó en los Colegios preparatorios que se crearon.

Cuál fué el estado que guardó la Química en el trascurso de este período, es fácil deducirlo por todo lo dicho en el capítulo en que nos ocupamos de su bibliografía.

De los físicos y químicos que durante él se distinguieron mencionáremos al padre Manuel Gómez Marin, á Mociño, el sabio naturalista; á Don Andrés del Río, á Lidnert y á Don Fausto Elhuyar.

Ese antiguo Establecimiento que empezó por ser el modesto Seminario de Minería de la calle del Hospicio de San Nicolás; que despues pasó, bajo el nombre de Escuela de Minas, á ocupar el hermoso y soberbio edificio cuya arquitectura inmortalizará entre las generaciones venideras el nombre de Tolsa que tan fecundo parto de ingenio tuvo; y el que en el período siguiente, en el año de 1867, con motivo de la nueva organización que se dió á la instrucción pública, se denominó Escuela de Ingeniería: ha ido sufriendo su natural evolución de sus primeras á sus modernas enseñanzas; le tocó influir no poco sobre los progresos de la ciencias físico-químicas en la medicina patria, y le cabe la gloria de haber sido el primero cuyas aulas siempre tuvieron abiertas sus puertas para nuestros antecesores. Justo creímos, por lo mismo, consagrar un recuerdo de gratitud á un Establecimiento que tantos y tales servicios prestó en otros tiempos á las ciencias médicas patrias!!....